EL ARCO

Núm. 376 Cartagena 8 Junio 1923 Año XVI

Periódico Católico de propaganda

CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JOAQUIN MATEO

Costeado por bienhechores | REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES 2, | Se reparte gratis

El Régimen del terror

EL ARCO, no puede dejar para el odioso crimen cometido en la persona del Cardenal Soldevila, sin exponer su más enérgica protesta y pedir con toda la fuerza de nuestros pulmones, el castigo para los criminales, como igualmente para unos y otros públicos de Barcelona que a mansalva se matan en plena calle.

Hemos llegado ya al desquiciamiento general y solo Dios, ya que los hombres son los culpables de este estado de cosas, puede salvarnos de la inmensa hecatombe que al parecer se avecina.

LA REDACCION

Se nombra a Clares inspector municipal para vigilancia en los tranvías y Clares a estas horas no ha hecho nada.

¿Nos contagiaremos?

Para el Jefe de la base de submarinos

Parece confirmarse que en breve marcharán a la base naval de Mahón, a la que quedarán afectos, los submarinos A 1 y A 2.

Diferentes veces y en estas mismas columnas nos hemos ocupado de un ruego justísimo que lo hace suyo el pueblo cartagenero, de que por quien corresponda se ordenase que nuestros submarinos amarrasen aunque sólo fuese por 24 horas en el Espigón del Real Club de Regatas, teniendo ocasión con ello Cartagena, de poder admirarlos de cerca, pues otros puertos que han visitado, han sido más afortunados que el nuestro.

Hoy nos dirigimos al señor Jefe de la Base de Submarinos trasladando esto que dejamos sentado en la seguridad que ahora seremos atendidos, dada las simpatías que dicho digno Jefe cuenta en Cartagena.

Vicente Blanco.

Si nasión insostenible

IMPUNIDAD

Vela el misterio impenetrable, como tantas otras veces, en casos análogos, las circunstancias que prepararon el asesinato del Cardenal Soldevila. Ignóra e quiénes sean los criminales, y, a juzgar por las referencias que las autoridades indican, se carece aún de todo rastro que anuncie la posibilidad de una identificación.

El hecho de que los investigadores policíacos no tengan orientación segura en los primeros momentos, equivale con frecuencia a la impunidad de los asesinos.

Pero es más aunque éstos llegaran a ser descubiertos, permanecerían en la tenebrosidad en que se amparan los inductores, los verdaderos criminales de los que los otros no son sino instrumentos ciegos a la manera como lo es la pistola o el puñal que con unas miserables monedas se adquiere con propósitos delictivos.

Así no podemos seguir. La sociedad vive en una deplorable indefensión. En Barcelona se suceden con los días los atentados cobardes y oprobiosos que tiñen de sangre la ciudad condal, con tanta abundancia como pueda registrarse en Rusia el país más atenazado por la anarquía y por el rojo terror.

La seguridad personal, la función coactiva del Estado y el imperio de las leyes penales son verdaderos mitos.

El pueblo no puede tolerar esa ficción de gobierno y de régimen que constituye el trampantojo para que los criminales impongan su voluntad homicida y destructora y sean cazados los seres humanos sin distinción de categorías ni de condición social, con idénticas facilidades como pueda serlo la alimaña en la selva.

Por permisión de Dios no somos aún un pueblo de imbéciles ni de abúlicos a quienes desde las alturas se pueda entregar a la voracidad sanguinaria de las hordas de pistoleros cualesquiera que sean los pactos a que obligue la permanencia en el Poder.

Cuando España entera clama contra las funestísimas consecuencias de haber sido abiertas las esclusas de un libertinaje atrentoso, incompatible con el orden, que únicamente favorece al hampa, como si para ella fuesen dictadas las leyes y no en favor de la honrada convivencia, al oir o leer en las gentes, izquierdistas que el remedio de todos los males sociales se halla en nueva y amplia libertad, nos figuramos que, con el rictus del sarcasmo en el rostro, contemplamos aun sanguinario martirizador, que, después de haber encerrado al hombre con una fiera atada en estrecho recinto, quisiera librar a aquél de los zarpazos del bruto poniendo a este en plena libertad.

¿Donde está la lógica, señores liberales?

Si precisamente cuanto lamentamos es fruto del naturalismo político, concebido en las sociedades secretas y llevado luego por los doctrinistas a la ley escrita, para otorgar plena franquicia al delito ¿cómo, reafirmando la virtualidad de esos funesto principios, ha de lograrse otra cosa que destruir la Nación, después de la revolución gubernamental que padecemos?

Por fortuna, la opinión pública ha reaccionado ya bastante contra los espejuelos, con que, incauta, se dejó seducir en otros tiempos en fuerzas del atractivo mágico de ciertos tergiversados conceptos; y hoy es España en masa, sin distinción de matices, salvo los interesados en su inminente ruina, la que detiene con indignación la mano de sus gobernantes, que, puestas en el volante de los negocios públicos, nos lleva hacia el precipicio, mientras comprometemos nuestro honor en ominoso pacto con bandoleros rifeños, hacemos completamente inútil ejercicio del Poder, quedan impunes los crímenes más aleves y repugnantes y es suplantada la Autoridad por bandas de execrables pistoleros, que llevan el exterminio y el luto y la miseria a toda clase de hogares.

De los prestigios de la soberanía no queda más que el armazón burocrático; las fuerzas intrínsecas del Poder ha sido agotada entre el menosprecio de los disolventes del Estado.

El dilema es implacable: o se ataja la revolución, actuando con energía desde las alturas, como pide España entera y desterrando para lo futuro los malditos principios de naturalismo político que nos hunden en el abismo, a la organización social queda plenamente, de un modo definitivo, en manos de los conciertos de anarquistas y de criminales, que con rudos embates, por el procedimiento de la eliminación de jerarcas, destruyen el orden indispensable a toda agrupación de personas.

De La Verdad de Murcia.

Un joven mecánico ha montado un servicio de viajeros al barrio de los Dolores, con un auto más adecentado que el tranvía.

El público le ha acogido con agrado, lo que prueba que si hubiese más la RIP del mal llamado tranvía era segura.

¡¡Que no pase!!

Es el sentir unánime de toda Cartagena que los coches del tranvía eléctrico no circulen por la calle Honda.

El Ayuntamiento, recogiendo esta opinión, debe así acordarlo.

¿Hace?

Imp. E. Garrido